

De la retícula colonial a la Bogotá moderna

Quinta Sion: los judíos y la conformación del espacio urbano de Bogotá

ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ
Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, 2018, 425 pp., il.

EL LIBRO de Enrique Martínez Ruiz, según sus palabras,

(...) por un lado intenta dar cuenta de las distintas formas en que las comunidades judías han habitado Bogotá en cada una de las épocas en que se ha registrado su presencia, y por el otro, de su papel en la conformación del espacio de la ciudad que hoy conocemos. (p. 23)

Presenta un estado del arte sobre los estudios judaicos colombianos advirtiendo que son escasos los trabajos rigurosos sobre el tema, en comparación con las publicaciones latinoamericanas, que son más numerosas y con las cuales no han logrado conectarse en las discusiones académicas que se han dado sobre el tema. Enumera varios de ellos y expresa que se han enfocado en la inmigración judía desde el período colonial hasta nuestros días, en diferentes regiones del país, siendo la región Caribe la más estudiada, seguida por la ciudad de Bogotá en el siglo XX.

Expone la metodología utilizada en la elaboración del trabajo y presenta el interesantísimo proceso que él como historiador y antropólogo siguió, o mejor, vivió durante varios años. No cumplió un programa rígido de investigación o un planteamiento de estrategias, sino, por el contrario, llevó a cabo un barrido amplio de fuentes documentales y bibliográficas, entrevistas, discusiones, viajes y análisis sistemático de las informaciones obtenidas, que le mostraron caminos a seguir y marcaron el derrotero final de la obra. Esta se centró en la acción de las personas judías llegadas a Bogotá a mediados del siglo XIX y en el período de entreguerras del XX, y su apropiación y modificación del espacio urbano que tuvieron a bien habitar,

desde la calle primera hasta la calle 100 entre los cerros orientales y la carrera 30. Pero circunscribe el trabajo principalmente al centro de Bogotá, donde ocurrió la mayor intervención de los inmigrantes judíos y sus descendientes.

La ruta de estos, hacia la Nueva Granada primero y a Colombia después, pasó por el Caribe desde los tiempos de Colón hasta bien establecida la República. El libro de Enrique Martínez Ruiz describe esta ruta diferenciando, por una parte, el proceso vivido por los primeros que llegaron, de manera clandestina, con ropajes de cristianos pues en el Nuevo Mundo español les estaba vedado asentarse, y su establecimiento ya como judíos en Colombia a partir de 1813; en su gran mayoría, fueron sefardíes, aunque llegaron también askenazis, y se asimilaron a la cultura y religión dominantes en el siglo XIX. Por otra parte, está el segundo grupo, llegado en el siglo XX y de origen centroeuropeo principalmente, que es el protagonista del libro *Quinta Sion*.

El autor empieza a estudiarlos y a descubrir su judaísmo —oculto, dice el libro, por “un silencio ensordecedor”—, con base en las memorias de Frank A. Koppel, “un prestante hombre de la élite bogotana”. Escritas para sus nietos, las memorias reconstruyen en detalle la vida social de esta élite en el tránsito del siglo XIX al XX. Koppel, hijo de inmigrantes europeos, se amistó y emparentó con familias tradicionales de la capital y cambió —o mejor ocultó y enmascaró— su origen de judío a protestante, remontando su ancestro a noblezas europeas existentes desde los años 1618 y 1630, época de la guerra de los Treinta Años en Europa. Afirmación sospechosa, según el autor, pues contradice investigaciones genealógicas que indican el origen de los Koppel como descendientes de una familia judía askenazi de Alemania.

Otros judíos siguieron una trayectoria similar, como Karl Michelsen Koppel (originalmente Michelson), quien llegó a Bogotá en 1839 como cónsul de Dinamarca. Martínez Ruiz duda de esta versión que ofrecen las memorias citadas, pues el Consulado danés solo se estableció en Bogotá en 1847 gracias a la gestión de Karl, o

“don Carlos”, como se le llamó en la ciudad, quien se posesionó del cargo en 1848. Se casó en 1849 con María del Carmen Uribe Ibáñez, colombiana, para lo cual se hizo bautizar como católico y garantizó la continuidad del apellido Michelsen en el país. Según las memorias estudiadas, “levantó una familia de lo más distinguido y respetable de la sociedad de Bogotá”. Está enterrado en el Cementerio Británico y en el monumento de su tumba, junto con el escudo de su familia, se descubre la estrella de David, rastro inconfundible de su identidad judaica. Su trayectoria y gestión como cónsul y como emprendedor hombre de negocios son variadas y reveladoras de la actividad de estos inmigrantes que rápidamente se integraron al país y en especial a Bogotá. Otra historia interesante es la de Bendix Koppel Warburg, primo de Karl y secretario del Consulado danés, quien también vivió una aventurera trayectoria. Se estableció en Bucaramanga, donde fue notable el dinamismo de la migración alemana en la región, y se vinculó a los negocios de la familia. Como era habitual entre los inmigrantes, trajo a varios familiares mencionados en el libro como “el tío Alejandro, el primo Sam y los demás”, que siguieron su ejemplo.

En forma amena, con un lenguaje fácil, Enrique Martínez muestra cómo se integraron estas personas al país, cómo se mezclaron con familias tradicionales de Bogotá e hicieron notables aportes al desarrollo de la ciudad. Para lograrlo ocultaron su origen hebreo, haciéndose pasar por protestantes; fue una buena estrategia para enraizarse en las élites bogotanas. En Colombia, sobre todo en el interior del país, se daba un ambiente restrictivo y discriminatorio contra la inmigración, especialmente la de judíos. Los linajes originales de estos primeros inmigrantes desaparecieron con su asimilación a la cultura y religión dominantes. No sucedió lo mismo con los grupos que vinieron después, que conservaron su identidad de origen, como por ejemplo los Gutt, los Eidelman, los Possin o los Michonik. El trabajo investigativo de Enrique Martínez para develar las historias de estas personas es notable y, por primera vez en la historiografía, expone su sistemático aporte al crecimiento urbano de la ciudad y cómo

HISTORIA		RESEÑAS
<p>los inmigrantes “hicieron América en Bogotá”.</p> <p>Martínez muestra también cómo los emprendedores recién llegados a una ciudad que apenas salía de su molde urbanístico colonial construyeron edificios modernos; desarrollaron barrios obreros, casas de alquiler o inmuebles para renta, urbanizaciones para profesionales y clases más adineradas; fundaron empresas comerciales e industriales, agencias de finca raíz para vender lotes y edificaciones, y otros desarrollos. Ilustra esta impresionante expansión urbana con planos arquitectónicos, fotografías de casas y edificios, avisos de propaganda de constructores y de negocios, y no podían faltar los retratos de personas notables y familias fundadoras, obtenidos en archivos particulares. Leo S. Kopp, Moris Gutt, Esther y Salomón Gutt con sus hijos, Paulina y Jorge Michonik, Rubén Possin y su hija, José Eidelman y su primo Max, desfilan con otros en las páginas del libro. Interesa sobremanera descubrir cómo los constructores judíos, asesorados por arquitectos e ingenieros locales, como Alberto Manrique Martín, ampliaron el modelo urbanístico de la ciudad y se entendieron con las autoridades locales en lo que bien podemos llamar una espectacular expansión de la construcción a partir de 1919.</p> <p>Con base en un minucioso análisis de los registros catastrales de la parte estudiada de la ciudad, que reposan en el Archivo de Bogotá, Martínez levanta un nuevo mapa de la urbe. Este impresionante trabajo, que no dudamos constituye ya un hito obligado para construir la historia urbana de Bogotá, trae entre las páginas 321 y 350 una sección de planos elaborados por el autor que, a partir de un documento gráfico perteneciente a la Unidad Administrativa Especial de Catastro Distrital (UAECD), delimitan en el centro de la ciudad (nos parece que entre la calle 26 y la avenida 1° de Mayo, de oriente a occidente, y la avenida Paseo Bolívar al sur) los barrios Las Aguas, La Concordia, Egipto, Belén, Lourdes, Girardot, Ramírez, Las Nieves, Veracruz, La Catedral, Centro Administrativo, Santa Bárbara, Las Cruces, La Alameda, La Capuchina, Santa Inés, San Bernardino, Santa Fe, La Favorita, San Victorino, Voto Nacional,</p>	<p>Florida y Samper Mendoza, así como los predios comprados allí por los judíos entre 1920 y 1970. Falta indicar en estos planos, más claramente, los puntos cardinales —se han usado convenciones arquitectónicas— para que el lector pueda situarse, sobre todo si no conoce la ciudad.</p> <p>Complementan estas localizaciones unas estadísticas sobre construcciones hechas por judíos en el centro de Bogotá, operaciones inmobiliarias de los mismos discriminadas por barrios, y tipos de construcciones. Pero el ímpetu constructivo también se dio más hacia al norte: los bogotánimos barrios de La Perseverancia y de Lourdes tuvieron la impronta de Leo S. Kopp —cuya tumba en el Cementerio Central de Bogotá es actualmente sitio de peregrinación para gentes que recuerdan su benéfica y pionera acción por la clase obrera—, y los de Santa Fe, 7 de Agosto, Marly o 20 de Julio nacieron gracias a José Eidelman, Salomón Gutt y Rubén Possin. No vacilamos en afirmar que <i>Quinta Sion</i>, el nombre dado por José Eidelman en 1920 a su residencia en el barrio La Paz y que le da título a este libro, es una fuente de consulta indispensable para estudiar la historia de Bogotá y la de su conformación urbana.</p> <p style="text-align: center;">Adelaida Sourdis Nájera</p>	